

Sandokán

Los piratas de la Malasia

Emilio Salgari



Sandokán: Los piratas de la Malasia
Emilio Salgari
Título original: *I pirati de la Malesia*
First published in Italian in 1896

Cover: *Attack of Pirates off Gilolo*, Reeve, Benham and Reeve, 1848

All Rights Reserved. Published internationally by ROH Press.
No part of this book may be reproduced or transmitted in any form or by any means, graphic, electronic, or mechanical, including photocopying, recording, taping, or by any information storage retrieval system, without the written permission of the publisher.

<http://www.rohpress.com/>

Nuestros títulos en español

Todas las aventuras de Sandokán

Los misterios de la Jungla Negra

Los tigres de Mompracem

Los piratas de la Malasia

Los dos tigres

El Rey del Mar

A la conquista de un imperio

La venganza

La reconquista de Mompracem

Revolta en Assam

Todas las aventuras del Corsario Negro

El Corsario Negro

La Reina de Los Caribes

Yolanda, La Hija del Corsario Negro

Our English Titles

The Sandokan Series

The Mystery of the Black Jungle

The Tigers of Mompracem

The Pirates of Malaysia

The Two Tigers

The King of the Sea

Quest for a Throne

The Reckoning

The Black Corsair Series

The Black Corsair

The Queen of the Caribbean

Índice

Nuestros títulos en español

Our English Titles

Primera parte La Tigre de Malasia

Capítulo 1: El naufragio del *Young-India*

Capítulo 2: Los piratas

Capítulo 3: El Tigre de Malasia

Capítulo 4: Un terrible drama

Capítulo 5: La caza del *Helgoland*

Capítulo 6: De Mompracem a Sarawak

Capítulo 7: El *Helgoland*

Capítulo 8: La bahía de Sarawak

Capítulo 9: La batalla

Segunda parte: El rajá de Sarawak

Capítulo 1: La taberna china

Capítulo 2: Una noche en la cárcel

Capítulo 3: James Brooke

Capítulo 4: Bajo los bosques

Capítulo 5: Narcóticos y venenos

Capítulo 6: Tremal-Naik

Capítulo 7: La liberación de Kammamuri

Capítulo 8: Yanez atrapado

Capítulo 9: Lord James Guillonk
Capítulo 10: En el cementerio
Capítulo 11: El combate
Capítulo 12: La resurrección de Tremal-Naik
Capítulo 13: Las dos pruebas
Capítulo 14: El desquite de raja Brooke
Capítulo 15: A bordo del *Royalist*
Capítulo 16: El buque de los forzados
Capítulo 17: La revuelta
Capítulo 18: El naufragio
Capítulo 19: ¡Salvados!
Capítulo 20: La destrucción de los forzados
Capítulo 21: El yate de lord James
Capítulo 22: El gobernador de Sedang
Capítulo 23: La fuga de Pangeran Macota
Capítulo 24: La derrota de James Brooke
Conclusión

Primera parte
La Tigre de Malasia

Capítulo 1

El naufragio del *Young-India*

—MAESTRE BILL, ¿dónde estamos?

—En plena Malasia, querido Kammamuri.

—¿Tardaremos mucho en llegar a nuestro destino?

—Bribón, ¿te aburres quizá?

—Aburrirme, no, pero tengo prisa y por eso me parece que el *Young India* marcha despacio.

El contraмаestre, un marinero que contaría cuarenta años, de más de cinco pies de alto, americano de pura sangre, miró de reojo a su compañero. Este era un bello indio, un maratí, de veinticuatro o veinticinco años, de alta estatura, de un color bastante bronceado, de facciones bellas, nobles, finas, con las orejas adornadas de pendientes y el cuello de collares de oro que le caían graciosamente sobre el desnudo y robusto pecho.

—¡Mil truenos! —gritó el americano, indignado—. ¡Que el *Young India* marcha despacio! Esto es un insulto.

—Para quien tiene prisa, contraмаestre Bill, hasta un buque corsario que navegue a quince nudos por hora va despacio.

—Diablo, ¿a qué obedecerá toda esa prisa? —preguntó el contraмаestre, rascándose furiosamente la cabeza—. ¡Hola, pícaro! ¿Tienes que cobrar alguna herencia? En ese caso, me pagarás un frasco de ginebra o de whisky.

—Una herencia... si usted supiese...

—Cuenta, muchacho.

—No le entiendo bien.

—Comprendo; quieres hacerte el sordo. ¡Hum!... Tal vez el secreto está en los camarotes de abajo... Esa muchacha que va contigo... ¡Hum!

—Pero... diga, contraмаestre, ¿cuándo llegamos?

—¿A dónde?

—A Sarawak.

—El hombre propone y Dios dispone, hijo. Podría sorprendernos un tifón y mandarnos a todos a beber en la taza grande.

—¿Y además?

—Además, nos podrían atacar los piratas y enviarnos al diablo con dos brazas de cuerda por corbata y un *kris*¹ plantado en mitad del pecho.

—¡Eh! —exclamó el indio, haciendo una mueca—. ¿Hay piratas por aquí?

—Como hay estranguladores en tu país.

—¿Habla de veras?

—Mira allá, hacia el bauprés. ¿Qué ves?

—Una isla.

—Bien; esa isla es un nido de piratas.

—¿Cómo se llama?

—Mompracem. Sólo el nombre hace estremecer.

—¿De veras?

—Allí, hijo mío, vive un hombre que ha ensangrentado el mar de Malasia de norte a sur, de este a oeste.

—¿Quién es?

—Lleva un nombre terrible. Se llama el Tigre de Malasia.

—Y si nos asaltase, ¿qué ocurriría?

—Nos pasaría a cuchillo. Ese hombre es más feroz aún que los tigres de la selva.

—¿Y no intentan los ingleses destruirle? —preguntó el indio, sorprendido.

—Destruir a los tigres de Mompracem es cosa muy difícil —dijo el marinero, metiéndose en la boca un pedazo de tabaco—. Hace algunos años, en 1850, los ingleses, con una poderosa flota, bombardearon la isla, la ocuparon e hicieron prisionero al terrible Tigre, pero antes de llegar a Labuan, el pirata, no se sabe cómo, escapó.

—¿Y volvió a Mompracem?

—En seguida, no. Durante dos años no se supo nada de él; luego, a principios de 1852, reapareció a la cabeza de una nueva banda de piratas malayos y dayakos de la más temible raza. Asesinaron a los pocos ingleses establecidos en la isla, se instalaron en ella, reanudaron sus sangrientas empresas...

¹ Kris: una daga que tiene la hoja de forma serpenteada.

En aquel momento un silbido resonó en el puente del *Young India*, acompañado de un golpe de viento que hizo gemir a los tres mástiles.

—¡Oh! ¡Oh! —exclamó Bill, levantando la cabeza y escupiendo el tabaco—. Dentro de poco bailaremos desesperadamente.

—¿Lo cree usted, contraмаestre? —preguntó el indio, con inquietud.

—Veo allá una nube negra y de bordes cobrizos, que de seguro no pronostica calma. Tragaremos ráfagas de viento.

—¿Corremos peligro?

—El *Young India*, hijo mío, es un barco sólido que se ríe de los golpes de mar. Vamos, a la maniobra; la taza grande comienza a hervir...

El contraмаestre no se engañaba. El mar de Malasia, hasta entonces terso como un cristal, comenzaba a arrugarse como agitado por conmoción submarina y a tomar un tinte plomizo que no prometía nada bueno.

Al este, hacia la enorme isla de Borneo, se alzaba una negra nube, ribeteada de rojo, y que, poco a poco, oscureció el sol, próximo a su ocaso. En el espacio, gigantescos e inquietos albatros revoloteaban, rozando las olas y lanzando roncós gritos.

El primer golpe de viento fue seguido de una especie de calma que puso mayor zozobra en los ánimos de toda aquella gente; luego, hacia la parte del este, comenzó a oírse tronar.

—¡Dejad el puente libre! —gritó el capitán MacClintock, dirigiéndose a los pasajeros.

Todos, de mala gana, obedecieron, desapareciendo por las escotillas de proa a popa.

Uno, sin embargo, permaneció sobre el puente; era el indio Kammamuri.

—¡Largo de aquí! —exclamó con imperioso acento MacClintock.

—Capitán —dijo el indio, avanzando con paso firme—, ¿corremos peligro?

—Lo sabrás cuando pase la tempestad.

—Es preciso que yo desembarque en Sarawak, capitán.

—Desembarcarás, si no nos hundimos.

—Pero yo no quiero hundirme, mi capitán. En Sarawak hay una persona que...

—¡Eh, contra maestre! Llévate de aquí a este hombre. El momento no se presta a perder el tiempo...

El indio fue arrastrado y arrojado por la escotilla de proa.

El viento comenzaba a soplar de oriente con gran violencia, rugiendo por entre el aparejo de la nave. La nube negra había tomado proporciones gigantescas, cubriendo casi por completo el cielo. En sus entrañas rugía sin cesar el trueno, rodando desenfrenado de levante a poniente.

El *Young India* era un magnífico barco de tres palos que llevaba bastante bien sus quince años de servicio. Su construcción ligera pero sólida, su desarrollo verdaderamente enorme de las velas, y su armadura a prueba de escollos, recordaban a uno de aquellos audaces violadores de bloqueo que tomaron parte tan activa en la guerra de secesión americana.

Habiendo salido de Calcuta el 26 de agosto de 1852, con un cargamento de viguetas de hierro destinados a Sarawak, llevaba a bordo dos oficiales, catorce marineros y seis pasajeros; gracias a su velocidad y a los vientos favorables, llegó en menos de trece días a las aguas de Malasia, y precisamente a vista de la temida isla de Mompracem, la guarida de piratas que era necesario evitar.

A las ocho de la tarde la oscuridad era casi completa. El sol había desaparecido tras los densos nubarrones y el viento comenzaba a soplar con gran violencia, dejando oír formidables bramidos.

El mar subía rápidamente. Olas enormes, coronadas de espuma, se formaban como por encanto, chocando entre sí, cayendo y deshaciéndose contra Mompracem, cuya negra y sombría masa se elevaba en medio de las tinieblas.

El *Young India* corría velozmente, ora lanzándose sobre las movibles montañas como para desgarrar con sus velas la caliginosa masa de nubes, ora precipitándose en los abismos de donde con gran esfuerzo podía salir.

Los marineros descalzos, con los cabellos al viento y contraídos los semblantes, maniobraban en medio del agua que no encontraba suficiente salida. Órdenes y blasfemias se mezclaban con los silbidos de la tempestad.

A las nueve, el barco, juguete de las olas, hallábase en aguas de Mompracem.

No obstante los esfuerzos del contra maestre, que se rompía las manos en la caña del timón, el *Young India* fue arrastrado tan cerca de la costa erizada de escollos, de islas madreporicas y de bajos fondos, que se temió el choque contra ellos.

El capitán MacClintock, lleno de ansiedad, descubrió numerosas luces en las sinuosidades de la playa, y al brillo de un relámpago, de pie en la cumbre de una roca gigantesca que caía a plomo sobre el mar, vio también a un hombre de elevada estatura, los brazos cruzados sobre el pecho e impassible en medio de los desencadenados elementos.

Los ojos de aquel hombre, que fulguraban como carbones encendidos, se fijaron en MacClintock de extraña manera. A éste se le figuró además que levantaba un brazo y le hacía una amistosa señal. La aparición duró breves segundos. Las tinieblas volvieron a hacerse más espesas y una ráfaga de viento alejó al *Young India* de la isla.

—¡Dios nos proteja! —exclamó Bill, que había visto también a aquel hombre—. Ése es el Tigre de Malasia.

Su voz fue sofocada por un espantoso trueno. Aquel trueno inició una música ensordecedora indescriptible. El espacio se inflamó de norte a sur, de este a oeste, como si el universo entero se incendiase, iluminando siniestramente el tempestuoso mar.

Los rayos, brillando un momento, caían describiendo en el espacio mil ángulos caprichosos, mil curvas diversas, sepultándose en las ondas o corriendo vertiginosamente en torno de la nave, seguidos de fragores que aumentaban en intensidad.

El océano, como si quisiera competir con aquellos truenos, se alzó imponente. Sus aguas no formaban ya olas, sino líquidas montañas que se elevaban con furia hacia el cielo, como atraídas por fuerza sobrehumana, y cabalgaban unas sobre otras, cambiando de forma y da tamaño.

El viento tomó también parte en aquella espantosa contienda, rugiendo con rabia y lanzando turbonadas de tibia lluvia.

El barco, inclinándose violentamente, ya de estribor, ya de babor, apenas lograba mantener la estabilidad. Gemía como si se quejase de aquellos terribles golpes de mar que lo cubrían de proa a popa, derribando a la tripulación; se alzaba, vacilaba, azotaba el agua con el

bauprés, unas veces impulsado hacia el norte y otras hacia el sur, a pesar de los desesperados esfuerzos del timonel.

Los marineros ignoraban si se pondría de nuevo a flote o se irían a pique; tan grande era la masa de agua que penetraba por las medio deshechas bordas.

Para colmo de desgracias, al mediar la noche, el viento que soplaba constante del norte, saltó de improviso del este.

Ya no era posible luchar. Seguir avanzando con el tifón que asaltaba la proa, era tanto como tentar la muerte. Toda vez que ningún lugar de refugio se presentaba en la vía del oeste, el capitán tuvo que resignarse a mantenerse a la capa y a huir con toda la velocidad que le permitían las escasas velas desplegadas.

Dos horas pasaron después de que el *Young India* viró de bordo, perseguido por las olas, que parecían haberse propuesto acabar con él.

Los relámpagos eran bastante escasos y la oscuridad tan densa, que no permitía ver a doscientos pasos de distancia.

Al cabo de un rato el capitán percibió ese fragor característico de las ondas al romperse contra la escollera, fragor que los marinos distinguían aún en medio de las más espantosas borrascas.

—¡Mirad a proa! —gritó, dominando con su voz el estrépito del mar y el silbido del viento.

—¡Mar deshecho! —exclamó otra voz.

—¡Los escollos! ¡Truenos!... —se oyó después.

El capitán se dirigió a proa, agarrándose al estay² de la trinquetilla³ para izarse hasta la borda.

No se veía nada; sin embargo, a través de las ráfagas de viento, se oía claramente el mugir de la resaca. No era posible engañarse. A pocas brazas de la nave surgía una cadena de escollos, tal vez derivación de Mompracem.

—¡Listos para virar! —gritó MacClintock.

² Estay: Aparejo o arboladura de un buque propulsado a vela, a cualquier tipo de nervio metálico concebido para mantener un palo en posición vertical o sujetar lateralmente el bauprés.

³ Trinquetilla: una vela triangular pequeño que se caza cuando hay temporal.

Maestre Bill, reuniendo toda su energía imprimió un violento esfuerzo a la rueda del timón. Casi en el mismo instante chocó el barco.

El golpe, sin embargo, apenas fue sensible. Sólo una parte de la quilla había tocado en las agudas puntas de las madreporas que formaban la cima del arrecife. Desgraciadamente, el viento seguía soplando de popa y las olas hacían que el barco avanzase.

La tripulación, que conservaba una sangre fría extraordinaria, logró virar de bordo. El *Young India* consiguió alejarse doscientos metros, huyendo de la escollera en tomo de la cual rugían las olas. Parecía que todo iba a marchar bien. Arrojada la sonda, acusó catorce metros de profundidad a proa. La esperanza de salvar el buque comenzaba a renacer en el ánimo de la tripulación.

De repente, el fragor de la resaca volvió a dejarse oír hacia proa.

El mar se levantaba con mayor violencia que antes, señalando una nueva barrera de escollos.

—¡Todo a sotavento, Bill! —tronó el capitán MacClintock.

—¡La escollera bajo proa! —gritó un marinero que había bajado hasta el botalón del bauprés.

Su voz no llegó a popa. Una montaña de agua se desplomó sobre la banda de estribor, inclinó violentamente a la nave sobre la de babor, derribó a la tripulación agarrada a los brazos de las velas y destrozó las lanchas contra los escollos.

Se oyó un mugido formidable, un chasquido como de maderas que se rompían, y luego un golpe espantoso que hizo oscilar al aparejo de popa a proa.

El *Young India*, al chocar con las agudas puntas de los escollos quedó destrozado, estrellándose contra el arrecife.

Capítulo 2

Los piratas

PARA EL INFORTUNADO barco había llegado la última hora.

Aprisionado entre dos rocas que apenas asomaban sus negras puntas, agujereado por mil partes a causa del movimiento de las aguas, abierto el casco y destrozada la quilla, no era ya más que un montón de tablas imposibles de reparar y que pronto el mar trituraría y dispersaría.

El espectáculo era magnífico y al mismo tiempo espantoso.

Alrededor el mar espumaba furiosamente con mil estruendos, rompiéndose sobre los escollos, arrastrando fragmentos de amuras, de maderos, de costillares y de embarcaciones, que se chocaban con mil crujidos.

Sobre la nave, los supervivientes, locos de terror, corrían de proa a popa lanzando gritos, blasfemias, invocaciones. Uno se trepaba sobre los flechastes⁴, otro se apresuraba hacia las cofas⁵, un tercero más alto, hasta las crucetas⁶. Un cuarto en cambio saltaba como si pisase carbones encendidos, llamando a Dios y a la Virgen, un quinto se afanaba en pasarse a través del cuerpo un salvavidas y un sexto en preparar un flotador para montarlo apenas el barco se hundiese.

El capitán MacClintock y el contraestre, que se habían encontrado en peores trances, eran los únicos que conservaban alguna calma.

En vista de que el barco permanecía inmóvil, bajaron a la bodega. En seguida comprendieron que no quedaba esperanza alguna de ponerlo a flote, pues estaba lleno de agua.

⁴ Flechastes: los cordeles horizontales que, ligados a los obenques, como a medio metro de distancia entre sí y en toda la extensión de jarcias mayores y de gavia, sirven de escalones a la marinería para subir a ejecutar las maniobras en lo alto de los palos.

⁵ Cofas: es una meseta colocada horizontalmente en el cuello de un palo para fijar los obenques de gavia, facilitar la maniobra de las velas altas, y antiguamente, también para hacer fuego desde allí en los combates.

⁶ Crucetas: las mesetas que en la cabeza de los masteleros sirven para los mismos fines que la cofa en los palos mayores, de la cual se diferencian en ser más pequeñas y no estar entabladas.

—Bueno —dijo Bill, conmovido—, el pobrecito ha exhalado su último suspiro. No hay astillero capaz de reparar tan espantosas mutilaciones.

—Tienes razón —respondió el capitán aún más conmovido—. Ésta es la tumba del valiente *Young India*.

—¿Qué haremos?

—Esperar a que amanezca.

—¿Resistirá a los golpes del mar?

—Creo que sí. Los escollos han entrado en su vientre como el hacha en el tronco de un árbol. Me parece que será imposible moverlo.

—Vamos a dar ánimos a los que están en el puente. Tienen mucho miedo...

Los dos lobos de mar se dirigieron al lugar indicado. Marineros y pasajeros, con los rostros contraídos por el terror, se precipitaron a su encuentro interrogándoles con ansiedad.

—¿Estamos perdidos?

—¿Nos vamos a pique?

—¿Hay esperanza de salvación?

—¿Dónde estamos?

—Calma, muchachos —dijo el capitán—. Por ahora no corremos peligro.

El indio Kammamuri, que había mostrado tanta prisa por llegar a Sarawak, se acercó al jefe.

—Capitán —exclamó—, ¿iremos a Sarawak?

—Ya ves que no será posible, Kammamuri.

—Sin embargo, yo tengo que ir.

—No sé qué decirte.

—Mi amo me espera allí, capitán.

—Esperará...

La centelleante mirada del indio se oscureció y su rostro, que revelaba fiereza, se tornó sombrío.

—Kali le proteja —murmuró.

—Todavía no todo está perdido, Kammamuri —dijo el capitán.

—¿No nos hundiremos, pues?

—He dicho que no. Vaya, calma, muchachos. Mañana sabremos en qué isla o escollera hemos naufragado y veremos lo que puede hacerse; yo garantizo vuestra vida...

Las palabras del capitán tranquilizaron a los marineros, quienes comenzaron a confiar en su salvación. Los que trabajaban en la balsa abandonaron la tarea; los que habían trepado a los mástiles, descendieron. La calma no tardó en volver a reinar sobre el puente del buque.

A todo esto, la borrasca, después de haber alcanzado la máxima intensidad, comenzaba a ceder. Los nubarrones, desgarrados aquí y allá, dejaron entrever de vez en cuando el trémulo fulgor de las estrellas. El viento, después de haber silbado, aullado, rugido, se calmaba poco a poco.

Sin embargo, el mar seguía agitado. Olas gigantesas corrían en todas direcciones, embistiendo con furia la escollera y estrellándose contra ella con espantoso estruendo. El barco, sacudido de popa a proa, gemía, dejándose arrebatar trozos de las bandas o fragmentos de la destrozada quilla. En ciertos instantes, además, oscilaba tanto, que parecía próximo a ser arrancado del banco de madreporico.

No obstante permaneció firme, y los marineros, a pesar del inminente peligro y de las oleadas que barrían la cubierta, pudieron dormir algunas horas.

A las cuatro de la mañana comenzó a clarear. El sol surgía con esa rapidez propia de los países tropicales, anunciado por un magnífico color rosa. El capitán, de pie en la cofa del palo mayor, teniendo a su lado al contraмаestre, fijaba los ojos en el norte, donde se elevaba, a menos de dos millas de distancia, una masa oscura que debía de ser una isla.

—Bueno —preguntó Bill, que masticaba rabiosamente un trozo de tabaco—, ¿conoce usted esa tierra?

—Creo que sí. Es muy de noche todavía, pero los arrecifes que la rodean me hacen sospechar que esa isla es Mompracem.

—*By God* —murmuró el americano, haciendo una mueca—. Nos hemos roto las piernas en mal sitio.

—Mucho lo temo, Bill. La isla no goza de buena fama.

—Como que es un nido de piratas. Ha vuelto el Tigre de Malasia, capitán.

—¡Cómo! —exclamó MacClintock, estremeciéndose—. ¿El Tigre de Malasia ha vuelto a Mompracem?

—Sí.

—¡Es imposible, Bill! Hace algunos años que ese hombre feroz desapareció.

—Pues ha vuelto. Hace cuatro meses que asaltó al *Argbilah* de Calcuta, que pudo huir con mil fatigas. Un marinero que conocía al sanguinario pirata, me dijo que lo había visto en la proa de un *praos*.

—Entonces no hay remedio. No tardará en atacarnos.

—*By God!* —rugió el contraмаestre, quedándose de pronto palidísimo.

—¿Qué sucede?

—¡Mire, capitán! ¡Mire allá...!

—¡Los *praos*, los *praos*! —gritó una voz desde el puente.

El capitán, no menos pálido que su contraмаestre, dirigió la vista hacia la isla y descubrió cuatro embarcaciones que doblaban un cercano cabo.

Eran cuatro grandes *praos* malayos, ligerísimos, esbeltos, con amplias velas de forma alargada, sostenidas por mástiles triangulares.

Estos barcos, que navegaban con sorprendente rapidez y que, gracias al contrapeso colocado a sotavento y al sostén que tienen a barlovento, desafían los huracanes más tremendos, son generalmente usados por los piratas malayos, quienes con ellos no temen asaltar a los buques de mayor tonelaje que se aventuren en los mares de Malasia.

El capitán no lo ignoraba, de modo que apenas los descubrió se apresuró a bajar al puente. En pocas palabras informó a la tripulación del peligro que se avecinaba. Sólo una encarnizada resistencia podía salvarlos.

La armería de a bordo no estaba muy bien provista. Los cañones faltaban, los fusiles, casi inservibles, en su mayor parte, eran insuficientes para la marinería. Quedaban sables de abordaje, algunas pistolas y bastantes hachas.

Todos los hombres, armados lo mejor posible, se precipitaron hacia popa, que, por encontrarse sumergida, podía ofrecer fácil escalada. La bandera de los Estados Unidos subió majestuosamente a lo largo del asta y el contraмаestre la clavó.

Los cuatro *praos* malayos, que eran tan veloces como pájaros, no distaban más que setecientos u ochocientos pasos y se preparaban a asaltar al pobre buque.

El sol, que en aquel momento se elevaba sobre el horizonte, permitió ver con claridad a los que iban en las embarcaciones.

Eran ochenta o noventa hombres, semidesnudos, armados de enormes carabinas⁷ incrustadas de madreperlas y láminas de plata; de grandes *parangs*⁸ de finísimo acero, de cimitarras, de *keris* en forma de espiral con la punta indudablemente envenenada en el jugo del *upas*⁹ y de clavas desmesuradas, de los *campilán*¹⁰, que manejaban cual si fueran ligerísimos bastoncitos.

Algunos eran malayos de tez aceitunada, membrudos y de feroz aspecto; otros, arrogantes dayakos de elevada estatura, cubiertos brazos y piernas con anillos de cobre. Había también algunos chinos, fáciles de reconocer por sus cráneos, pelados y brillantes como el marfil, y algunos bugineses¹¹, macasares¹² y javaneses¹³. Todos aquellos hombres tenían los ojos fijos en el barco y agitaban las armas, sin cesar de dar gritos. Parecía como si antes de venir a las manos se propusiesen espantar a los náufragos.

⁷ Carabina: Arma de fuego similar al rifle, pero generalmente más corta y con menor potencia de fuego, a un fusil o mosquete.

⁸ Parang: gran cuchillo, similar a un machete propio de Malasia e Indonesia.

⁹ Upas: veneno que se extrae del látex de diversos árboles, empleado por los indígenas de Java para envenenar sus flechas. La especie más empleada es la morácea *Antiaris toxicaria*.

¹⁰ Campilán: un sable recto y ensanchado hacia la punta, usado por los indígenas de Joló, en Filipinas.

¹¹ Bugineses: un grupo étnico principalmente de las provincias de Célebes Meridional, la tercera más grande de Indonesia.

¹² Macasares: los habitantes de Macasar, la capital y mayor ciudad de la provincia de Célebes Meridional, en Indonesia. Se encuentra al sur de la isla de Célebes, en el estrecho de Macasar.

¹³ Javaneses: pertenecientes o relativos a esta isla del archipiélago de la Sonda, en Asia.

A cuatrocientos pasos de distancia se oyó un cañonazo disparado desde el primer *prao*. La bala tronchó el bauprés, cuya punta se hundió en el mar.

—¡Ánimo, muchachos! —gritó el capitán MacClintock—. Ésta es la señal de que comienza la danza. ¡Fuego!...

Siguieron a la voz de mando algunos disparos de fusil. Una espantosa gritería estalló a bordo de los *praos*, señal infalible de que no todo el plomo se había desperdiciado.

—¡Esto va bien, muchachos! —rugió maestre Bill—. Disparad en mitad del grupo. Esos hocicudos no tendrán valor para llegar hasta nosotros. ¡Fuego!...

Su voz fue apagada por una serie de formidables detonaciones. Partían de los piratas, que empezaban el ataque.

Los cuatro *praos* parecían inflamados cráteres vomitando hierro. Disparaban los cañones, disparaban las carabinas, disparaban las espingardas¹⁴, derribando, destruyéndolo todo con una precisión matemática.

Pronto cuatro náufragos quedaron muertos sobre la toldilla. El trinquete, roto por bajo de la cofa, se precipitó sobre el puente, cubriéndolo de velas y de cabos. A los alaridos de triunfo habían sucedido alaridos de espanto, de dolor, gemidos y estertores de agonía.

Era imposible resistir el huracán de hierro que se desencadenó con espantosa rapidez, haciendo saltar mástiles y trozos del casco.

Después de disparar siete u ocho veces los fusiles sin gran resultado, los náufragos, viéndose perdidos a pesar de las voces del capitán y del contramaestre, abandonaron su puesto, huyendo hacia estribor, resguardándose tras los botes. Algunos se desangraban y lanzaban desgarradores gritos.

Al cabo de un cuarto de hora los piratas, protegidos por su artillería, llegaron a la popa del buque e intentaron subir a bordo.

El capitán intentó rechazar el abordaje, pero una descarga de metralla le derribó al mismo tiempo que a tres de sus hombres. En el espacio vibró un terrible grito:

¹⁴ Espingarda: Antiguo cañón de artillería algo mayor que el falconete y menor que la pieza de batir.

—¡Viva el Tigre de Malasia!

Los piratas arrojaron las carabinas, empuñando las cimitarras, las hachas, las mazas, los *keris* y fueron intrépidamente al abordaje agarrándose a las amuras, a los brandales¹⁵ y a los flechastes. Algunos treparon por los mástiles de los *praos*, corrieron como monos a lo largo de las vergas¹⁶ y se dejaron caer sobre la cubierta del buque náufrago. En poquísimos tiempo, los escasos defensores, vencidos por el número, rodaron a popa, a proa y por el alcázar.

Únicamente, junto al palo mayor, quedó de pie un hombre, armado de un largo y pesado sable de abordaje.

Este hombre, el último del *Young India*, era Kammamuri, que se defendía como un león, rechazando los ataques del enemigo y repartiendo tajos en torno suyo.

Un mazazo le rompió el arma. Dos piratas cayeron sobre él, derribándolo, a pesar de su desesperada resistencia.

—¡Ayuda! ¡ayuda!... —gritó el valiente indio con voz estrangulada.

—¡Alto! — tronó de imprevisto una voz —. ¡Ese indio es un héroe!

Capítulo 3

El Tigre de Malasia

EL HOMBRE QUE pronunció aquellas palabras tendría, aproximadamente, treinta y dos o treinta y cuatro años.

Era alto, de piel blanca, facciones aristocráticas, ojos azules, dulces, y negro bigote que sombreaba sus sonrientes labios.

Vestía con gran elegancia: chaqueta de terciopelo castaño con botones de oro, sujeta a la cintura por amplia faja de seda azulada, pantalones de brocatel, botas altas de piel color de rosa, con las puntas levantadas, y ancho sombrero de paja de Manila. Llevaba una magnífica carabina india y al costado una cimitarra, con empuñadura

¹⁵ Brandales: los cabos gruesos, firmes o volantes, que se dan en ayuda de los obenques de juanete.

¹⁶ Vergas: la percha perpendicular al mástil, a la cual se asegura el grátil de una vela.

de oro, rematada con un diamante tan grueso como una avellana, de un brillo admirable.

Después de ordenar a los piratas que se alejasen, se acercó al indio, que no pensaba en levantarse —tan grande era su sorpresa al verse vivo aún— y le miró durante algunos momentos con atención.

—¿Qué dices? —le preguntó alegremente.

—¿Yo? —preguntó Kammamuri.

—¿Te sorprende tener aún la cabeza sobre los hombros?

—Me sorprende tanto que no sé si es cierto que todavía estoy vivo.

—¡Claro que lo estás!

—¿No me matarán?

—Si no he permitido que lo hicieran antes, no sé por qué he de permitir que lo hagan después.

—¿Y a qué se debe esto? —preguntó, ingenuamente, el indio.

—Ante todo, a que no eres blanco...

Kammamuri hizo un gesto de asombro.

—¡Ah! ¿Odia usted a los blancos? —exclamó.

—Sí.

—Entonces... ¿no es usted blanco?

—¡Por Baco, soy portugués de pura sangre!

—Entonces no comprendo por qué...

—Alto, muchacho. No soy amigo de historias.

—Bueno, ¿y entonces?...

—Eres un héroe y yo aprecio a los héroes.

—Soy maratí —dijo el indio, con orgullo.

—Una raza que lleva un buen nombre. Dime, ¿te gustaría ser de los nuestros?

—¡Yo pirata!

—¡Por qué no! Serías un buen compañero.

—¿Y si me negase?

—No respondería de tu cabeza.

—Si se trata de salvar la piel, me haré pirata. Tal vez irse tenga cuenta.

—Bravo, muchacho. ¡Hola, Kotta! Ve a buscarme una botella de whisky. Los americanos no viajan nunca sin llevar buena provisión...

Un malayo bajó al camarote del pobre MacClintock, y pocos minutos después volvía con un par de vasos y una botella polvorienta, a la cual hizo saltar el cuello.

—Pure Kentucky Bourbon Whiskey — leyó el hombre en la etiqueta —. Estos americanos son de verdad excelentes hombres...

Vació dos veces su vaso y alargó el otro al indio, preguntándole:

—¿Cómo te llamas?

—Kammamuri.

—A tu salud, Kammamuri.

—A la suya, señor...

—Yáñez —dijo el hombre blanco.

Y bebieron al mismo tiempo.

—Ahora, muchacho —exclamó Yáñez, siempre de buen humor—, ¡remos en busca del capitán Sandokán.

—¿Quién es el señor Sandokán?

—¡Por Baco! El Tigre de Malasia.

—¿Y me llevará usted a ver a ese hombre?

—Claro, y se alegrará muchísimo de recibir a un maratí. Vamos, Kammamuri...

El indio no se movió. Parecía embarazado y miraba ahora a los piratas y ahora la popa de la nave.

—¿Qué tienes? —preguntó Yáñez.

—Señor... —contestó el maratí, titubeando.

—Habla.

—¿No la tocará usted?

—¿A quién?

—Conmigo viene una mujer.

—¿Una mujer? ¿Blanca o india?

—Blanca.

—¿Y dónde está?

—La tengo escondida en la bodega.

—Tráela al puente.

—¿No la tocará usted?

—Tienes mi palabra.

—Gracias, señor —dijo el maratí, conmovido.

Corrió hacia popa y desapareció por la escotilla. Pocos momentos después volvía al puente.

—¿Dónde está la mujer? —preguntó Yáñez.

—Ya viene; pero ni una palabra, señor. Está loca.

—¿Loca?... Pero, ¿quién es?...

—Aquí está —interrumpió Kammamuri.

El portugués se volvió hacia popa.

Una mujer de maravillosa belleza, envuelta en amplia túnica de seda blanca, salió de la escotilla, deteniéndose junto al palo de mesana.

Tendría quince años. Su talle era elegante, gracioso, flexible; su piel sonrosada e incomparable; los ojos, grandes y negros, revelaban infinita dulzura; la nariz era pequeña y recta, los labios, rojos como el coral, entreabiertos a una inexplicable sonrisa, dejaban vislumbrar dos filas de pequeñísimos dientes de una deslumbrante blancura. La cabellera, espléndida y negrísima, le caía por la espalda y le llegaba hasta la cintura.

La joven contempló a los hombres armados y a los cadáveres que cubrían el puente sin que ni una contracción de espanto o de curiosidad se dibujase en su bello rostro.

—¿Quién es esta mujer? —preguntó Yáñez, cogiendo una mano a Kammamuri y apretándosela con fuerza.

—Mi ama —respondió el maratí—. La Virgen de la Pagoda de Oriente.

Yáñez se adelantó hacia la loca, que conservaba la inmovilidad de una estatua, y la miró fijamente.

—¡Qué parecido!... —exclamó, palideciendo.

Se volvió rápidamente hacia Kammamuri y cogiéndole de nuevo la mano añadió con alterada voz:

—¿Esta mujer es inglesa?

—Ha nacido en la India, pero es hija de ingleses.

—¿Por qué se ha vuelto loca?

—Es una historia larga de contar.

—La explicarás ante el Tigre de Malasia. Ahora embarcaremos, maratí. ¡Tigres, saquead el esqueleto de este barco y luego incendiadlo! El Young India ha dejado de existir.

Kammamuri se acercó a la loca, la cogió de la mano y la hizo bajar al *prao* portugués. La joven no opuso resistencia, ni habló.

Yáñez empuñaba la caña del timón.

El mar, poco a poco, se había calmado. Solamente alrededor de los escollos continuaban levantándose grandes oleadas.

El *prao*, gobernado por aquellos hábiles e intrépidos marinos, pasó por encima del arrecife, saltando y brincando sobre las olas como una pelota de goma, y se alejó con fantástica rapidez, dejando nívea estela, en medio de la cual jugueteaban monstruosos tiburones.

Al cabo de diez minutos, llegó a la punta extrema de la isla; allí giró, sin acortar la velocidad, y navegó con rumbo a una amplísima bahía que se abría ante una risueña aldea. Se componía ésta de veinte o más cabañas muy sólidas y hallábase defendida por una triple línea de trincheras provistas de gruesos cañones y de numerosas espingardas, por altas empalizadas y por profundos fosos erizados de agudas puntas de hierro.

Unos cien malayos medio desnudos, pero armados hasta los dientes, salieron de la trinchera, y dirigiéndose a la playa, dando salvajes gritos y esgrimiendo alegremente los *keris* envenenados, las cimitarras, hachas, carabinas y pistolas.

—¿Dónde estamos? —preguntó Kammamuri, con inquietud.

—En nuestra aldea —respondió el portugués.

—¿Aquí vive el Tigre de Malasia?

—Vive allá arriba, donde ondea aquella bandera roja.

El maratí levantó la cabeza y en lo más alto de una gigantesca roca cortada a pico sobre el mar, descubrió una gran cabaña defendida también por empalizadas; en lo alto flotaba majestuosamente una bandera roja en la que había bordada una cabeza de tigre.

—¿Vamos hacia allí? —preguntó con cierta emoción.

—Sí, amigo —contestó Yáñez.

—¿Cómo me recibirá ese hombre tan terrible?

—Como se debe acoger a un valiente.

—¿Vendrá con nosotros mi ama?

—Ahora no.

—¿Por qué?

—Porque se parece a...

Se interrumpió. Una rápida conmoción había alterado imprevisamente sus facciones y algo húmedo había aparecido en sus ojos.

Kammamuri lo notó.

—Está usted emocionado, señor Yáñez —dijo.

—Te equivocas —respondió el portugués, imprimiendo un movimiento al timón para evitar la punta extrema de un arrecife que asomaba en la bahía—. Desembarquemos, Kammamuri.

El *prau* ancló con la proa hacia la costa.

El portugués, Kammamuri, la loca y los piratas saltaron a tierra.

—Llevad a esta mujer a la mejor habitación de la aldea —exclamó Yáñez, dirigiéndose a los piratas y señalándoles con el dedo a la loca.

—¿Le harán daño? —preguntó Kammamuri.

—Nadie se atreverá a tocarla —respondió Yáñez—. Las mujeres son aquí más respetadas aún que en la India y que en Europa. Ven, maratí...

Se dirigieron hacia la gigantesca roca y subieron por una escalera muy estrecha, labrada en la piedra y defendida por centinelas armados de carabinas y de cimitarras.

—¿Por qué tantas precauciones? —preguntó Kammamuri.

—Porque el Tigre de Malasia tiene cien mil enemigos.

—¿De modo que el capitán no es amado?

—Nosotros lo idolatramos, pero los demás... Si tú supieses, Kammamuri, cómo lo odian los ingleses... Ya hemos llegado; no temas...

Se hallaban ante la choza, defendida también por trincheras, cestones, fosos, cañones, morteros y espingardas del pasado siglo.

El portugués empujó discretamente una puerta de madera de teca, capaz de resistir a la artillería, e introdujo a Kammamuri en una estancia tapizada de seda granate, adornada con carabinas de Europa, mosquetes indios y persas, bocinas, pistolas, cimitarras, hachas, riquísimas telas, yataganes¹⁷ turcos, de puñales, de botellas, de encajes, de tejidos, de mayólicas¹⁸ de la China y del Japón, montones de oro, de piezas de plata, de jarros desbordantes de perlas y de diamantes.

En medio de la sala, tumbado sobre un tapiz de Persia, hallábase un hombre vestido ostentosamente a la oriental, con traje de seda roja

¹⁷ Yataganes: especie de sable o alfanje que usan los orientales.

¹⁸ Mayólicas: lozas comunes con esmalte metálico, fabricadas antiguamente por los árabes y españoles, que la introdujeron en Italia.

bordado en oro y calzado con altas botas de piel, también roja, con las puntas levantadas.

Aquel individuo no representaba más de treinta y cuatro o treinta y cinco años. Era alto, asombrosamente fuerte, soberbia cabeza cubierta de espeso y ondulado cabello negro.

Tenía ojos centelleantes, labios delgados, contraídos por sonrisa indefinible y magnífica barba que comunicaba a su rostro cierta fiera que infundía al mismo tiempo respeto y temor.

Se adivinaba que aquel hombre poseía la ferocidad del tigre, la agilidad del cuadrumano y la fuerza de un gigante.

Apenas vio entrar a los dos personajes, se incorporó de un salto y se sentó, fijando en ellos una mirada que penetraba hasta lo más profundo del corazón.

—¿Qué me traes? —preguntó, con voz metálica y vibrante.

—Ante todo la victoria —contestó el portugués—. Además, he hecho un prisionero...

La frente del hombre se oscureció.

—¿Ese indio? —preguntó.

—Sí, Sandokán. ¿Te disgusta?

—Ya sabes que respeto tus caprichos, amigo mío.

—Lo sé, Tigre de Malasia.

—¿Y qué pretendes hacer con ese hombre?

—Convertirlo en un tigre de Mompracem. Lo he visto batirse, es un verdadero valiente.

La mirada del jefe relampagueó.

—Acércate —dijo al indio.

Kammamuri, sorprendido al hallarse ante el legendario pirata que durante tantos años había hecho temblar a los pueblos de Malasia, avanzó algunos pasos.

—¿Tu nombre? —preguntó el Tigre.

—Kammamuri.

—¿Eres?...

—Maratí.

—Entonces hijo de héroes.

—Sí, Tigre de Malasia —respondió el indio con orgullo.

—¿Por qué has dejado tu país?

—Para ir a Sarawak.

—¿Con ese perro de James Brooke? —dijo el Tigre, con odio.

—No sé quién es James Brooke.

—Mejor. ¿Quién hay en Sarawak que te lleve allá?

—Mi amo.

—¿Qué es? ¿Soldado del rajá?

—No, prisionero del rajá.

—¿Prisionero? ¿Por qué?

El indio no contestó.

—Habla —ordenó el pirata—. Quiero saberlo todo.

—¿Tendrás paciencia para escucharme? El relato es largo y terrible.

—Las historias terribles y sanguinarias me gustan mucho; siéntate y empieza...